

de usted. Entonces imaginé que era un bautismo de lágrimas demasia lo amargo el entrar en la vida sin apellido y sin familia, para que sobre eso entrara en ella sin fortuna. He aquí por qué exigi de usted ese dinero á cambio de las cartas. Pero hoy la situación es distinta, caballero. He visto á Margarita echarse á los pies de usted, la he oído suplicarle que no la obligase á contraer ese matrimonio infame; y ni los ruegos, ni las súplicas, ni las lágrimas le han conmovido á usted el corazón. A mí me toca hoy, pues, á mí, que tengo la honra de usted y de su familia en mis manos, salvar de la miseria al hijo. Esas cartas, caballero, las recibirá usted cuando en esta mesa firmemos el contrata de boda de la señorita Margarita de Auray con el señor Anatolio de Lusignán, en lugar del de su hermana con el barón de Lectoure.

—¡Nunca! caballero, ¡nunca!

—Sin embargo, no las conseguirá usted sino con esta condición, conde.

—¡Oh! quizás exista algún medio de obligarle á usted á entregarlas.

—Que yo sepa, nó—repuso Pablo con la voz tranquila.

—Quiere usted entregarme ó nó esas cartas, caballero?

—Conde—dijo Pablo mirando á Manuel con expresión inexplicable para el de Auray—escúcheme usted, se lo ruego.

—¿Quiere usted entregarme ó nó esas cartas?

—Conde...

—¿Sí ó nó?

—Dos palabras...

—¿Sí ó nó?

—Nó—respondió Pablo con la mayor calma.

—Pues bien, caballero, ciñe usted espada, como yo también la ciño; los dos somos nobles, ó, á lo menos, doy por sentado que usted lo es. Salgamos, caballero, salgamos; vuelva á entrar aquí solamente uno de los dos, y el que regrese libre y fuerte con la muerte del otro, hara entonces lo que más le plazca.

—Siento no poder aceptar su ofrecimiento, señor conde.

—¡Cómo! ¡viste uniforme, ostenta esta cruz y ciñe esta espada y rehusa un duelo!

—Lo rehuso, Manuel.

—¿Y por qué?

—Porque no puedo batirme con usted, conde; créame.

—¿Que no puede usted batirse conmigo?

—Palabra de caballero.

En esto resonó una carcajada á espaldas de los dos jóvenes.

Pablo y Manuel volvieron el rostro y vieron tras sí á Lectoure.

—Pero—prosiguió Pablo tendiendo la mano hacia el barón, puedo batirme con

el caballero, que es un miserable y un canalla.

Un bochorno abrasador encendió las mejillas de Lectoure como el reflejo de una llama.

—Está bien, caballero—repuso el barón después de haber hecho ademán de abalanzarse á Pablo y refrenándose, envíe usted su testigo á Manuel; ellos arreglarán el asunto.

—Ya comprende usted que entre los dos no es sino partida aplazada—dijo Manuel al marino.

—¡Silencio! — profirió Pablo— anuncian á la madre de usted.

—Sí, silencio y hasta mañana—repuso el conde.

Y volviéndose hacia el barón, añadió.

—Lectoure, vamos á recibir á mi madre.

Pablo miró en silencio como se alejaba Manuel y Lectoure, y luego se metió en el gabinete que le era ya conocido por haberse encerrado en él en otra coyuntura.

III

La sombra de Morlaix

En el preciso instante en que Pablo entraba en el gabinete contiguo, la marquesa penetraba en el salón, seguida del notario y de los invitados á la firma del contrato. A pesar de la solemnidad de las circunstancias, la marquesa no había creído del caso renunciar á su traje de luto.

Tal era el influjo de las tradiciones de la etiqueta, que la marquesa no permitió que se firmase el contrato de boda sin que el jefe de la familia, no obstante tener transtornado el juicio, presidiese la ceremonia.

Por poco que Lectoure estuviese dispuesto á dejarse intimidar, la marquesa produjo en él el efecto que habitualmente causaba á los que la veían por vez primera; así es que al mirarla entrar tan grave y con tanta dignidad, se sintió subyugado por el más profundo respeto.

—Agradezco á ustedes en el alma, señores—dijo la marquesa saludando á los que la acompañaban—la honra que me dispensan asistiendo á los sponsales

de la señorita Margarita de Auray con el señor barón de Lectoure. También he querido que el marqués, no obstante su dolencia, asistiera á esta reunión y les diese á ustedes las gracias, á lo menos con su presencia, ya que no puede de palabra. Ya conocen ustedes su aflictiva situación; no se admiren, pues, si vierte algunas frases incoherentes...

—Sí, señora—interrumpió Lectoure, conocemos la desgracia de que fué víctima y admiramos á la mujer abnegada que desde hace veinte años comparte tanta desventura.

—Ya lo ve usted, señora—dijo Manuel acercándose á su vez á su madre y besándole la mano—ante el amor conyugal de usted todos incan la rodilla.

—¿Dónde está Margarita?—preguntó á media voz la marquesa.

—Hace un instante estaba aquí—respondió Manuel.

—Que la avisen—añadió la marquesa en el mismo tono.

—¡El marqués de Auray!—anunció entonces un criado.

Todos se hicieron á un lado para dejar libre el paso y volvieron los ojos hacia el lado por donde debía parecer el nuevo personaje; curiosidad que no tardó en verse satisfecha.

El marqués avanzó casi al punto, sostenido por dos criados.

Era el de Auray un anciano cuyo

rostro, á pesar de los surcos que en él abrieran los padecimientos, conservaba aún el aspecto de nobleza y de dignidad que hicieran de él uno de los personajes más distinguidos de la corte. El marqués que paseaba con singular expresión de extrañeza sus grandes, hundidos y calenturientos ojos por los en la sala congregados, vestía el uniforme de maestre de campo, ostentaba al cuello la encomienda del Espíritu Santo, y en el ojal la cruz de San Luis. El anciano avanzó lentamente y sin proferir palabra, con ayuda de los dos criados, que en medio del silencio más profundo lo condujeron á un sillón y se retiraron luego que aquél se hubo sentado. La marquesa se colocó á la derecha de su marido; el notario sacó de la cartera el contrato y lo leyó en alta voz, y por él los circunstancias vinieron en conocimiento de que los marqueses de Auray reconocían cien mil duros á Lectoure y constituían en dote otro tanto á Margarita.

Durante la lectura del contrato, la marquesa, sin embargo su aparente tranquilidad, dió algunas señales de zozobra.

Por fin, y cuando el notario dejó el documento sobre la mesa, Manuel entró y se acercó á su madre.

—¿Y Margarita?—preguntó la marquesa á su hijo.

—Viene detrás de mí—respondió Manuel.

—¡Señora!—murmuró Margarita entreabriendo la puerta y juntando las manos.

La marquesa fingió no oírla, y señalando con el dedo la pluma, dijo:

—Ahora usted, señor barón.

Lectoure se acercó á la mesa, tomó la pluma y firmó.

—¡Señora!—profirió por segunda vez Margarita con voz de súplica y avanzando un paso hacia su madre.

—Entregue usted la pluma á su prometida, señor de Lectoure—dijo la marquesa.

—¡Señora!—dijo por tercera vez la joven con acento tan anegado en lágrimas que resonó en lo más íntimo de todos los corazones y hasta obligó al marqués á levantar la cabeza.

—Firme usted—dijo señalando con el dedo el contrato de boda.

¡Oh! ¡padre mío! ¡padre mío!—exclamó Margarita arrojándose á los pies del marqués;—¡padre mío!

—¿Qué está usted haciendo?—profirió la marquesa apoyándose en el brazo del sillón de su marido é inclinándose delante de éste.—¿Ha perdido usted el juicio, señorita?

—¡Padre mío! ¡padre mío!—repitió Margarita rodeando con los brazos al marqués;—¡padre mío! ¡salve usted á su hija!

—¡Margarita!—dijo la marquesa en

voz baja y con terrible acento de amenaza.

—Señora—respondió la joven—ya que no puedo dirigirme á usted, déjeme que recurra á mi padre; á no ser que—prosiguió señalando con ademán resuelto al notario—prefiera usted que invoque la ley.

—Ea—dijo la marquesa levantándose



¡Oh! ¡padre mío! ¡padre mío!—exclamó Margarita...

y con acento de amarga ironía—es un escándalo de familia, y estas cosas, muy enternecedoras para los allegados, son, por lo común, bastante fastidiosas para los extraños. Señores, en los aposentos contiguos hallarán ustedes refrescos. Hijo mío, agasaje usted á esos señores. Señor barón, usted dispense...

Manuel y Lectoure se inclinaron en

silencio y se retiraron seguidos de los concurrentes.

La marquesa permaneció inmóvil hasta que hubo salido el último invitado; luego fué á cerrar las puertas, y acercándose nuevamente el marqués, á quien Margarita continuaba teniendo abrazado dijo:

—Ahora que sólo quedan aquí los que tienen derecho á darla órdenes, firme usted ó salga, señorita.

—Por compasión, señora, por compasión—profirió Margarita;—no exija usted de mí semejante infamia.

—¿No me ha oído usted?—dijo la marquesa imprimiendo á su voz un acento tan imperativo que parecía imposible que se pudiese resistir á él.—¿Es menester que se lo repita? Firme usted ó salga.

—¡Oh! ¡padre mío! ¡padre mío!—exclamó Margarita;—¡piedad para mí! ¡piedad para mí! ¡piedad! ¡No, no se dirá que después de haber estado diez años sin ver á mi padre, me han arrancado de sus brazos en el momento de verle de nuevo, sin que me haya conocido y besado! ¡padre mío!... ¡soy yo!... ¡su hija!..

—¿Qué voz es esa que clama á mí—balbuceó el marqués.—¿Quién es ese hijo que me apellida su padre?

—Esa voz—dijo la marquesa asiendo del brazo á Margarita—es una voz que se levanta contra los derechos de la naturaleza. Ese hijo, es una hija rebelde.

—¡Padre mío!—exclamó la joven—¡míreme usted!.. ¡sálveme!. ¡defiéndeme!.. ¡Soy Margarita!

—¿Margarita?... ¿Margarita?...—profirió con voz apenas perceptible el marqués; hubo un tiempo en que tuvo una hija que se llamaba así.

—¡Soy yo!.. ¡soy yo!..—repuso Margarita;—¡yo soy su hija! ¡yo!

—Sólo son hijos los que obedecen—replicó la marquesa.—Obedezca usted y tendrá derecho á decir que es nuestra hija.

—¡Oh! ¡padre mío! á usted estoy pronta á obedecerle. Pero usted no lo ordena, nó... ¡usted no quiere que yo sea desdichada... desdichada hasta la desesperación. . . desdichada hasta la muerte!

—Ven, ven—dijo el marqués, reteniéndola y á su vez estrechándola contra su pecho.—¡Oh! ¡la sensación que experimento es desconocida y deliciosa!.. ¡Aguarda!.. ¡aguarda!—prosiguió el anciano llevándose la mano á la frente—parece que me acuerdo...

—Caballero—exclamó la marquesa, diga usted á su hija que debe obedecer, que Dios castiga á los hijos rebeldes; dígale usted esto más bien que alentarla en su impiedad filial. ¿Oye usted?

El marqués levantó con lentitud la cabeza y fijó los encendidos ojos en su mujer; y luego, y con voz pausada, le dijo:

—¡Cuidado! ¡cuidado! ¿No le he dicho á usted que empezaba á acordarme? —Luego, dejando caer la frente sobre la de Margarita, de modo que sus canas se confundieron con los negros cabellos de su hija, añadió:—¡Habla! ¡habla! ¿Qué tienes, hija mía? dímelo.

—¡Oh! ¡soy muy desgraciada!

—¡Conque, en esta casa todo el mundo es desgraciado!—exclamó el marqués.—¡Cabellos negros y cabellos canos!., ¡niña y anciano!.. ¡Oh! ¡también yo... también yo... soy un desgraciado!

—Caballero, suba usted otra vez á sus habitaciones; es preciso—exclamó la marquesa.

—Sí, para que otra vez me encuentre frente á frente con usted... encerrado como un prisionero... Esto es bueno para cuando estoy loco, señora.

—Padre mío, tiene usted razón. Hace ya sobrado tiempo que mi padre se abnega, y lo es de que se abnegue su hija. Padre mío, tómeme usted á mí, no le abandonaré de día ni de noche. Le bastará á usted hacer un gesto, decir una palabra para que yo le sirva con las rodillas hincadas.

—¡Oh! no tendrías valor para hacerlo.

—Sí, padre mío, sí, lo haré, tan cierto como soy su hija.

La marquesa se retorció los brazos devorada por la impaciencia.

—Si eres mi hija—prosiguió el marqués—¿por qué no te he visto desde hace diez años?

—Porque me han dicho que usted no quería verme, padre mío; porque me han dicho que usted no me amaba.

—¡Que te han dicho que yo no quería verte, angel mío!—exclamó el marqués tomando entre las manos la cabeza de Margarita y contemplándola con amor:—¡eso te han dicho! ¡te han dicho que un pobre condenado se negaba á ver el cielo! ¡Ay! ¿quién ha dicho que un padre no quería ver á su hija? ¿quién ha osado decir á un hijo: «Hijo, tu padre no te ama»?

—Yo—respondió la marquesa intentando, por última vez, arrancar á Margarita de los brazos de su padre.

—¡Usted!—interrumpió el marqués;—¡con que es usted! ¡Así, pues, ha recibido usted el ministerio fatal de burlarme en todos mis afectos! ¡Con que es menester que todos mis dolores emanen de usted! ¡que hoy quebrante usted el corazón del padre como hace veinte años quebrantó usted el corazón del esposo!

—Está usted delirando caballero—dijo la marquesa, soltando á su hija y pasando á la derecha del marqués.—¡Cállese usted! ¡Cállese!

—Nó, señora, no estoy delirando—repuso el marqués;—¡nó!.. ¡nó!.. ¡diga

usted más bien, y será la verdad, que me encuentro entre un ángel que quiere restituirme á la razón y un demonio que quiere hundirme nuevamente en la locura! ¡No! ¡ya no estoy loco!... ¿Es menester que se lo demuestre?

Al pronunciar estas palabras, el marqués se levantó, y apoyando las manos en los brazos de su sillón, prosiguió;

—¿Es menester que le hable á usted de cartas, de adulterio, de duelo?

—Lo que le digo á usted—repuso la marquesa asiendo del brazo á su marido—es que está usted más que nunca dejado de la mano de Dios, cuando vierte tales palabras sin parar mientes en los oídos que nos están escuchando... Baje usted los ojos, caballero, mire usted quién está aquí, y atrevase á decir que no está usted loco.

—Tiene usted razón—profirió el marqués cayendo de nuevo en su silla de brazos.—Tu madre tiene razón—prosiguió el pobre anciano dirigiéndose á Margarita;—soy yo quien estoy loco; y es menester dar crédito, no á lo que yo digo, sino á lo que ella dice. ¡Tu madre! es la abnegación y la virtud personificadas. Por eso no padece insomnios, ni la acosan los remordimientos, ni la persigue el delirio. ¿Qué quiere tu madre?

—¡Mi desventura, padre mío!—exclamó Margarita;— ¡mi desventura eterna!

—Y ¿cómo puedo yo remediar esa desventura?—dijo con acento desgarrador el infeliz anciano.—¡Cómo puedo evitarla yo, pobre loco, que se me figura ver continuamente manar sangre de una herida y oír una tumba que habla!

—¡Oh! ¡usted lo puede todo! Diga usted una palabra y estoy salvada. Quieren casarme.

El marqués echó hacia atrás la cabeza.

—¡Escúcheme usted, padre mío! ¡quieren casarme con un hombre á quien no amo! ¿comprende usted?... ¡con un infame!... y le han conducido á usted aquí... á este sillón... ante esta mesa... á usted padre mío... para que firme ese contrato infame! ¡éstel... ¡éstel... ¡mírelo usted!

—¡Sin consultarme!—repuso el marqués tomando el contrato;— ¡sin preguntarme si quiero ó no quiero! ¿Se figuran que estoy muerto?... y si tal imaginan, ¿me tienen en menos que á un espectro? .. ¿Dices que este casamiento labrará tu desventura?

—¡Eterna! ¡eterna!—exclamó Margarita.

—Pues bien, no se efectuará esa boda.

—He empeñado la palabra de usted y la mía, la reputación de usted y la mía—dijo la marquesa con tanto más tesón cuanto sentía que el poder se le escapaba.

—Le digo á usted que ese casamiento no se efectuará—repuso el marqués con voz que ahogaba la de su mujer.—Es demasiado terrible un matrimonio en que la esposa no ama al marido,—prosiguió con acento sombrío y cavernoso;—esto enloquece... A mí la marquesa me ha amado siempre... y fielmente. Lo que á mí me quita la razón... es distinto.

En los ojos de la marquesa brilló un rayo de alegría infernal, porque en la exaltación de las palabras del marqués y en el terror que se traslució en su mirada, vió que nuevamente, y á no tardar, la locura iba á apoderarse del desdichado.

—¿A ver ese contrato?—prosiguió el marqués, haciendo ademán de rasgarlo.

Lo cual evitó la de Auray apoderándose de él con viveza.

En cuanto á Margarita, parecía estar pendiente de un hilo entre el cielo y la tierra.

—Lo que á mí me quita el juicio—profirió el marqués—es una tumba, una tumba que está abriéndose continuamente; lo que me enloquece es un espectro que surge de la tierra, un fantasma que se me acerca, y me habla, y me dice...

—«¡La vida de usted está en mis manos!»—murmuró la marquesa al oído de su esposo y repitiendo las postreras palabras de Morlaix moribundo;—«¡la vida

de usted está en mis manos, y podría quitársela!»

—¿Le oyes? ¿le oyes?—exclamó el marqués temblando cual hoja sacudida por el viento y levantándose como para fugarse.

—¡Padre mío! ¡padre mío! ¡seréne usted! No hay tumba, espectro ni fantasma. Las palabras esas, es la marquesa...

—«Pero quiero que usted viva»—continuó la de Auray terminando la obra que empezara—«para que me perdone como yo le perdono.»

—¡Por piedad, Morlaix, por piedad!—profirió el marqués cayendo nuevamente en su sillón, con los cabellos erizados de terror y cubierta del sudor del espanto la frente.

—¡Padre mío! ¡padre mío!

—Ya ve usted que su padre está loco—dijo la marquesa victoriosa.—¡Déjele usted!

—¡Oh!—repuso Margarita—Dios obrará un milagro, no lo dudo. Mi amor, mis caricias y mis lágrimas le restituirán el juicio.

—Pruébelo usted—repuso con frialdad la marquesa, abandonando á su hija al marqués, ya sin voluntad, sin voz y casi sin conocimiento.

—¡Padre mío!—exclamó Margarita con voz desgarradora.

El marqués permaneció impasible.

—¡Caballero!—dijo la de Auray con tono imperativo.

—¿Qué hay? ¿qué hay?—profirió el marqués estremeciéndose.

—¡Padre! ¡padre mío!—exclamó Margarita retorciéndose los brazos y echándose al suelo con desesperación; ¡padre mío! ¡socórrame usted!

—Tome usted esta pluma y firme—dijo la marquesa, poniendo la pluma en la mano de su marido y la mano de éste sobre el contrato.—Es preciso... lo exijo...

—¡Oh! ¡ahora estoy perdida!—exclamó Margarita, rendida por la lucha y sintiéndose sin fuerzas para sostenerla.

Pero en el instante en que el marqués, vencido, iba á echar su firma; en el instante en que la marquesa, triunfante, se daba el parabién por su victoria, y en que Margarita, desesperada, estaba próxima á huir, un incidente inesperado vino á cambiar prontamente la faz de los sucesos. Abrióse la puerta del gabinete para dar paso á Pablo, que había asistido, invisible, á la escena precedente.

—Señora marquesa de Auray—dijo el marino—antes de que se proceda á la firma del contrato, sírvase usted escuchar dos palabras.

—¿Quién me llama?—profirió la marquesa, esforzándose en distinguir á aquel que le dirigía la palabra desde el extre-

mo opuesto de la sala y, por consiguiente, que estaba envuelto en sombras.

—¡Yo conozco esa voz!—dijo el marqués estremeciéndose cual si le hubiese achicharrado las carnes un hierro candente.

Pablo avanzó tres pasos y entró en la zona de luz de la araña.

—¿Es un espectro?—exclamó á su vez la marquesa, impresionada ante el parecido del joven con su antiguo amante.

—¡Yo conozco esa cara!—murmuró el marqués, creyendo ver de nuevo al hombre á quien quitara la vida.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! protejedme!—balbuceó Margarita, de rodillas y con los brazos levantados al cielo.

—¡Morlaix!... ¡Morlaix!...—exclamó el marqués levantándose y acercándose á Pablo—¡Morlaix! ¡Morlaix!... ¡perdón!...

Y el anciano perdió el sentido y dió consigo en el suelo.

—¡Padre mío!—exclamó Margarita abalanzándose al anciano.

En esto entró despavorido un criado, y dirigiéndose á la marquesa, le dijo:

—Señora, Achard manda por el médico y el capellán del castillo. ¡Se está muriendo!...

—Díle—contestó la marquesa, mostrando al criado el cuerpo que Margari-

ta se esforzaba inútilmente en restituir á la vida—que á los dos les llama su deber al lado del marqués de Auray.

IV

La agonía del justo

Como el lector ha podido ver en el final del anterior capítulo, Dios, por una de las singulares disposiciones de su Providencia, á un tiempo llamaba á sí, para que le rindiesen la misma cuenta, al noble marqués de Auray y al pobre Achard. Hemos visto al primero ante Pablo, retrato viviente de su padre, herido como por un rayo, caer sin conocimiento á los pies del joven, que estaba á su vez asustado por el efecto que su presencia causara. Por lo que se refiere á Achard las circunstancias que acarrearán su agonía al mismo tiempo que la del marqués, aunque distintas, arrancaban del mismo drama y de la propia situación. La presencia de Pablo había producido en el uno y en el otro una emoción funesta: al marqués por exceso de terror, á Achard por sobra de gozo.

La nueva, anunciada á la marquesa en el momento crítico en que los actores de aquel drama íntimo se veían combatidos por encontrados intereses y pasiones, la había oído Pablo; y éste, juz-

gando imposible la firma del contrato en el estado en que el marqués se encontraba, sólo se tomó el tiempo necesario para recordar á Margarita que, en caso necesario, le encontraría en casa de Achard, y bajó luego precipitadamente al jardín, y orientándose en medio de las alamedas y de los bosquecillos con la habilidad del marino, que descubre todos los caminos con sólo consultar el firmamento, dió con la casita, entró jadeante en el aposento del anciano en el instante en que éste se recobraba, y se arrojó en sus brazos. Entonces el gozo devolvió algunas fuerzas á Achard, seguro como estaba de que á lo menos moriría con la cabeza reclinada sobre el corazón de un amigo.

—¡Ah! ¡eres tú!—profirió el anciano;—no esperaba verte de nuevo.

—¡Y pudiste imaginar que al saber yo tu estado no acudiría volando!—dijo Pablo.

—Es que no sabía dónde buscarte ó mandarte á decir que deseaba verte por última vez antes de entregar mi alma á Dios.

—Me encontraba en el castillo, amigo mío, desde donde, al saber tu desgracia, me he venido corriendo.

—Y ¿cómo es que te encontrabas en el castillo?—preguntó Achard maravillado.

Pablo se lo refirió todo.

—¡Providencia de Dios!—murmuró el anciano al terminar el capitán su relato—¡cuán ocultos é inevitables son tus designios! Al cabo de veinte años conduces al joven á la cuna del niño, y matas al asesino del padre con sólo la presencia del hijo!

—Sí, así ha pasado—repuso Pablo—y esa misma Providencia es la que me conduce hasta tí para que te salve, pues sé que te han negado los auxilios del médico y del cura.

—Sin embargo, en recta justicia debíamos haber compartido estos socorros—profirió Achard.—Ya que el marqués sólo teme la muerte, podía quedarse con el médico; á mí, que estoy cansado de la vida, debían haberme enviado el sacerdote.

—Puedo subir á caballo—dijo Pablo—y antes de una hora...

—Dentro de una hora sería demasiado tarde—profirió el moribundo con voz debilitada.—¡Un cura!... ¡No pedía sino un cura!

—Amigo mío—repuso Pablo—ya sé que no puedo sustituir al cura en su sagrado ministerio; pero hablaremos de Dios, de su grandeza, de su bondad infinita.

—Sí, pero antes acabemos de hablar de lo terreno para no pensar sino en el cielo. ¿Dices que, como yo, el marqués se está muriendo?

—Le he dejado en la agonía.

—¿Sabes que, tan pronto haya muerto el marqués, los papeles encerrados en ese armario y que justifican tu nacimiento, te pertenecen de derecho?

—Sí.

—Si muero antes que él, si exhalo el postrer suspiro sin auxilio de sacerdote, ¿á quién confiar este depósito?

El anciano se incorporó, mostró á Pablo una llave colocada bajo la cabecera, y prosiguió:

—Esta llave abre ese armario, en él hallarás una cajita. Júrame, como caballero que eres, que no abrirás la cajita esa hasta que el marqués haya muerto.

—Te lo juro—respondió Pablo tendiendo con solemnidad la mano hacia el crucifijo colgado encima de la cabecera.

—Está bien—repuso Achard;—ahora moriré tranquilo.

—Puedes, pues el hijo te tiende la mano en este mundo y el padre te la tiende desde el cielo.

—¿Crées tú, muchacho, que estará satisfecho de mi fidelidad?

—No habido nunca rey alguno que haya sido obedecido en vida como él lo habrá sido después de muerto.

—Si—profirió con voz sombría el anciano—he cumplido con demasiada exactitud sus preceptos. Yo debía no haber consentido aquel duelo, debía haberme negado á ser testigo. Escucha, Pablo,

escucha lo que yo quería decir al sacerdote, pues es lo único que pesa sobre mi conciencia: hay momentos en que me asalta la duda de si aquel duelo solitario fué un asesinato; y, de ser así... ¿comprendes, Pablo? de ser así, en vez de testigo yo hubiera sido cómplice.

—Amigo mío—respondió Pablo—ignoro si las leyes de la tierra están siempre de acuerdo con las del cielo, y si la honra, tal cual la entienden los hombres, es la virtud según el Omnipotente; ignoro si nuestra Iglesia, enemiga del derramamiento de sangre, permite que el ofendido venga por su propia mano la injuria que el ofensor le ha inferido, y en este caso si el juicio de Dios dirige siempre la bala de la pistola ó la punta de la espada. Estos son puntos que no se resuelven con la razón, sino con la conciencia; y mi conciencia me dicta que yo, en tu lugar, hubiera hecho lo que tú. Si la conciencia me engaña, también te ha engañado á tí; en las presentes circunstancias me asiste más derecho á perdonarte que no á un sacerdote; en nombre mío, pues, y en el de mi padre, te perdono.

—¡Gracias! ¡gracias!—exclamó el anciano oprimiendo las manos al joven; —¡gracias! estas son las palabras que necesita el alma de un moribundo. ¡Oh! un remordimiento es terrible, muchacho; un remordimiento nos lleva á du-

dar de Dios, y cuando en la tierra ya no hay juez que nos juzgue, no podemos esperar fallo alguno.

—Escucha—dijo Pablo con el acento poético que le era familiar;—yo también he dudado de Dios más de una vez, porque aislado y perdido como me encontraba en el mundo, sin familia y sin apoyo en la tierra, buscaba un sostén en el Señor, y pedía á cuanto me rodeaba una prueba de su existencia. A menudo me detenía al pie de una de esas cruces que se levantan en los caminos, y con la mirada fija en el Salvador de los hombres pedía llorando una certidumbre de su existencia y de su misión; le suplicaba que volviese á mí los ojos, que de su herida se desprendiese una gota de sangre, ó que de su boca se exhalase un suspiro. Y el crucifijo permanecía inmóvil, y yo me levantaba con el corazón desesperado y diciendo: «¡Señor! ¡Señor! si existieses te revelarías á los hombres. Pues puedes revelarte á ellos y no lo haces, luego quieres que duden de ti».

—¡Ve lo que dices, Pablo!—profririó el anciano;—¡mira que no invada el mío la duda de tu corazón! A tí te queda tiempo para creer, en tanto yo... voy á dejar el mundo.

—Aguarda, aguarda, amigo mío—profririó Pablo con voz suave y rostro sereno—todavía no he concluido. Entonces fué cuando me dije: «El crucifijo del

camino, las iglesias de las ciudades, son obra de los hombres. Busquemos á Dios en su obra misma». Desde aquel momento empecé la vida errante que permanecerá un misterio eterno entre el cielo, el mar y yo... Vida que me llevó á las soledades de América, porque imaginé que cuanto más nuevo era un mundo, más debía haber conservado marcada la mano de Dios. No me había equivocado. Allí, con frecuencia, en aquellas selvas vírgenes en las que quizás era yo el primer hombre que pusiera los pies, sin más abrigo que el firmamento ni otra cama que el suelo, abismado en un pensamiento único, escuchaba los mil diversos ruidos de los seres que se duermen y de la naturaleza que se despierta. Mucho tiempo transcurrió todavía sin que me fuese dable comprender el desconocido lenguaje que formaban, al confundirse, el murmurio de los ríos, el vapor de los lagos y el susurro de las selvas; pero por fin, y poco á poco, fué levantándose el velo que me cubría los ojos y el peso que me oprimía el corazón. Desde entonces empecé á creer que aquellos rumores de la noche y aquellos ruidos del crepúsculo no eran sino un himno universal con que todo lo creado tributaba gracias al Ser Supremo.

—¡Dios mío!—dijo el moribundo juntando las manos y dirigiendo al cielo una mirada llena de fe;—¡Dios mío! he

clamado á Vos desde las profundidades, y me habéis oído en mi angustia! ¡Gracias, Dios mío!

Pablo le escuchó silenciosamente y con los ojos fijos en el cielo, y, una vez el moribundo hubo terminado, le dijo:

—Un sacerdote no te hubiera hablado como yo te he hablado; yo lo he hecho como marino y en voz más acostumbrada á proferir palabras de exterminio que de consuelo. Perdóname, amigo mío, perdóname.

—Me has hecho orar y creer como tú —repuso el anciano;—¿qué más hubiera conseguido un sacerdote? Lo que tú me has dicho es sencillo y grande: déjame que medite en lo que me has dicho.

—¡Escucha!—profirió Pablo estremeciéndose.

—¿Qué?

—¿No has oído?

—No.

—Me ha parecido que una voz de angustia me llamaba... ¿Oyes? ¿oyes?.. ¡Es la voz de Margarita!

—Sal á su encuentro—dijo el anciano;—necesito estar solo.

Pablo se lanzó al aposento contiguo, y al poner las pies en él oyó repetir por tercera vez su nombre junto á la entrada de la casita. Entonces se abalanzó á la puerta, abrióla apresuradamente, y en el umbral encontró á Margarita, que,

sin fuerzas para dar un paso más, había caído de rodillas.

—¡Socorro! ¡socorro!—gritó la joven con la expresión del más profundo terror al ver á Pablo y arrastrándose hacia éste.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. T. 1
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1050 MONTEBAY, MEXICO

La madre y el hijo

Pablo se acercó á Margarita, pálida y fría como el mármol, y tomándola dulcemente en brazos, la condujo al primer aposento, la colocó en un sillón, retrocediendo para cerrar la puerta, que había quedado abierta, regresó al lado de aquélla, preguntándole:

—¿Qué temía usted? ¿quién la perseguía y por qué viene á semejante hora?

—¡Oh!—dijo Margarita—á cualquier hora del día ó de la noche hubiera huído mientras la tierra pudiese haberme sustentado. Habría huído hasta encontrar un corazón en que verter mis lágrimas, un brazo que me defendiese... Habría huído... ¡Pablo! ¡Pablo!... mi padre ha muerto.

—¡Pobre niña!—profirió el marino abrazando á la joven.—¡Pobre niña! ¡huyes de una casa mortuoria para venir á parar en otra! ¡dejas la muerte en el castillo y de nuevo la hallas en la cabaña!

—Sí—repuso Margarita, levantándose, trémula aun de terror y estrechándose contra Pablo.—¡Allí la muerte! ¡la

muerte aquí! Pero allí la muerte desesperada, mientras aquí... aquí la muerte tranquila. ¡Oh, Pablo! ¡Pablo! ¡si usted hubiese visto lo que yo he visto!

—Cuéntemelo usted.

—Ya sabe usted qué terrible influjo han ejercido en mi padre la voz y la presencia de usted, amigo mío.

—Sí, lo sé.

—Le han trasladado sin sentido y sin voz á su aposento.

—Yo hablaba á la marquesa y no á él—dijo Pablo;—y no es culpa mía si ha oído.

—Pues bien, Pablo; puesto que usted ha debido de oirlo todo desde el gabinete en que se encontraba, ya comprenderá lo que ha pasado. Mi padre, mi pobre padre me ha conocido; y yo, al verle de tal suerte, y no pudiendo resistir á mi inquietud, á riesgo de irritar á mi madre, he subido para verle una vez más. La puerta estaba cerrada y he llamado suavemente á ella; el pobre había recobrado la razón, pues he oído cómo con debilitada voz preguntaba quién estaba allí.

—¿Y la madre de usted?—preguntó Pablo.

—¿Mi madre?—repuso Margarita,—estaba ausente, y al salir había cerrado la puerta, como hubiera hecho tratándose de un niño. Pero cuando mi padre hubo conocido mi voz, cuando le hube res-

pondido que era yo, Margarita, su hija, me dijo que tomase por una escalera excusada que, por un gabinete, subía hasta su dormitorio. Un minuto después estaba yo de rodillas al pie de su cama y recibía de él la bendición; porque ha de saber usted que me dió su bendición antes de morir, su bendición paternal, que espero llamará sobre mí la del Todopoderoso.

—Sí—profirió Pablo,—Dios te perdonará, nada temas. Lloro por tu padre, hija mía, pero no llores ya más por tí, pues estás salvada.

—¡Oh! todavía no ha oído usted nada, Pablo,—repuso Margarita;—¡escuche! ¡escuche!

—Dí.

—En aquel momento, mientras estaba arrodillada y besaba la mano á mi padre, he oído los pasos de mi madre que subía la escalera; he conocido su voz, y mi padre también, pues me ha dado un postrer beso y me ha dicho que huyese. He obedecido, pero tenía la cabeza tan trastornada, que me he equivocado de puerta, y en vez de tomar hacia la escalera por la cual había llegado al dormitorio, he entrado en un gabinete sin salida. He tanteado las paredes y he visto que estaba cerrado. En esto se ha abierto la puerta del dormitorio, y me he detenido reteniendo la respiración. Mi madre ha entrado con el sacerdote, más

pálida que el que iba á presentarse ante el tribunal inapelable.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró Pablo.

—El sacerdote se ha sentado á la cabecera de la cama—prosiguió Margarita acercándose cada vez más aterrorizada á Pablo.—Mi madre ha permanecido en pie. ¿Comprende usted, Pablo? ¡Yo estaba allí, presenciando aquella fúnebre escena, sin poder huir. ¡Una hija constreñida á oír la confesión de su padre! ¡oh! es horroroso! He caído de rodillas y he cerrado los ojos para no ver, y orado para no oír; y, á pesar mío, ¡oh! bien á pesar mío, Pablo, se lo juro á usted, he visto... y oído... y lo que he visto y lo que he oído no se borrará nunca jamás de mi memoria. He visto á mi padre, que hallando de nuevo en sus recuerdos una fuerza calenturienta, se ha levantado en la cama con la palidez de la muerte impresa en el semblante. ¡Le he oído, le he oído pronunciar las palabras duelo, adulterio y asesinato!... y á cada una de estas palabras he visto á mi madre más pálida, más pálida, y la he oído como en voz alta, para ahogar la del moribundo, decía al sacerdote: «¡No le crea usted! ¡no le crea usted, padre mío!... ¡miente, ó, más bien dicho... está loco, es un insensato! ¡no le crea usted!» ¡Oh! Pablo, ¡era una escena horrible, sacrilega, im-